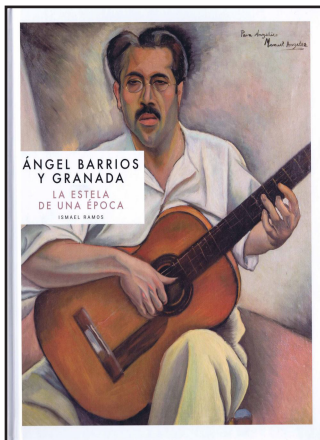


RAMOS, I., ÁNGEL BARRIOS Y GRANADA. ESTELA DE UNA ÉPOCA, PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE, UNIVERSIDAD DE GRANADA, CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES, GRANADA, 2016, 281 PP.

Francisco López Casimiro
Doctor en Historia Contemporánea
Miembro del Grupo de Investigación de
Didáctica de las CC.SS.



El período comprendido entre la Restauración (1875) y la Guerra Civil (1936), poco más de 6 décadas, se ha llamado la Edad de Plata de la cultura española. Comprende la Generación del 98, el Novecentismo y la Generación del 27. En Granada la cultura brilla con más fulgor en el primer tercio del siglo XX. Es la época de García Lorca, de Manuel Ángeles Ortiz y de Manuel de Falla y de Ángel Barrios. Es la Granada de la segunda etapa del Centro Artístico, del Liceo, de las fiestas del Corpus, precedente de los que hoy son los Festivales de Música y Danza y del Concurso del Cante Jondo. En todos ellos, más o menos activamente, jugó un papel fundamental Ángel Barrios.

Había nacido el músico granadino a primeros del año 1882, de modo que su juventud coincide y contribuye, en gran modo, a la “Edad de Plata” de la “ciudad de los cármenes”. La influencia de su padre, Antonio Barrios Tamayo, fue determinante en la formación del joven Ángel. No era Antonio Barrios un simple comerciante y tabernero. Iniciado en la logia *Numancia n° 202* y afiliado después a la logia *Los Numantinos n° 283*, debió establecer fraternal relación con significados artesanos, periodistas y con personalidades como Rubio Linares y Rubio López, presidentes y secretario del Liceo Artístico y Literario, con Blas J. Zambrano, joven prometedor, que sería el padre de la filósofa María Zambrano. Era Antonio Barrios un artesano ilustrado, quizás sería mejor calificarlo como artista; era más que un pintor aficionado y era también buen guitarrista y profundo conocedor del flamenco.

Se ha dicho que “el niño es el padre del hombre”. La infancia y la adolescencia de nuestro músico, el ambiente en el que se educó, las personalidades artísticas y literarias con las que estuvo en contacto fueron decisivas para su educación y posterior proyección. “El Polinario” no sólo fue la residencia de la familia Barrios y el establecimiento del negocio familiar, comercio y taberna que regentaba el padre de nuestro músico en la Alhambra. Fue un espacio de sociabilidad al que concurría la élite de la cultura de la Granada de la época, que trabó profunda amistad con Antonio Barrios y que influyó en la adolescencia y en la juventud de Ángel. Allí acudían pintores como Manuel Ángeles Ortiz y Santiago Rusiñol o músicos como Albéniz, Turina, Conrado del Campo y Falla.

El libro de Ismael Ramos es más que una biografía de Ángel Barrios; es también y, sobre todo, un exhaustivo estudio de su producción musical, muy rica ésta, y de las varias facetas del artista, porque Barrios, profundo conocedor e intérprete como guitarrista del Cante Jondo, compuso *Danzas de Arte Gitano*, zarzuelas como *Seguidilla Gitana* y óperas como *El Avapiés*. Preparó también mucha

y buena música para teatro como la que hizo para *La Lola se va a los puertos*, de los hermanos Machado.

Estudia Ismael Ramos la actividad llevada a cabo por Ángel Barrios en el Centro Artístico del que sería nombrado socio de honor, en la dirección del Conservatorio, al frente de la primera cátedra de música de nuestra universidad, como académico de Bellas Artes y como teniente de alcalde y concejal de cultura durante la Dictadura de Primo de Rivera. Amigo de García Lorca y de Manuel de Falla, fue Barrios con ellos un auténtico dinamizador de la vida cultural de Granada. Se preocupó también de la preservación del patrimonio monumental de nuestra ciudad con especial atención al Albayzín.

Durante la Guerra Civil hubo de adaptarse Ángel Barrios a las circunstancias, con trabajadores de la Fábrica de Pólvoras de El Fargue, constituyó una banda de música, salvando así músicos represaliados. Fundó también la Orquesta Granadina de Falange Española. En octubre de 1939 se instaló en Madrid donde continuó su actividad musical, dejando al morir, en diciembre de 1964, medio centenar de composiciones musicales inéditas.

El libro, primorosamente editado, es producto de parte de la brillante tesis doctoral defendida en Universidad de Granada el año pasado. Merecía Ángel Barrios esta sobresaliente tesis. Ha sabido el Dr. Ramos profundizar en la vida y en la extensa producción del músico granadino, andaluz y español. Fue importante la aportación de Ángel Barrios a la música y a la danza española.

No dudo en calificar el trabajo del doctor Ismael Ramos como excelente, porque hasta en la redacción se ha esmerado. Sorprende gratamente las numerosas fotografías e ilustraciones, muchas de éstas en color. Quizás se eche en falta un CD, en una carpeta en la solapa del libro, con alguna música representativa de Ángel Barrios.

turístico de la Costa del Sol, la historia de esta milenaria bebida y su introducción en España por la corte del monarca Carlos I, así como el proceso de elaboración y su evolución, y las materias primas empleadas, básicamente la malta (cebada germinada y tostada), el lúpulo responsable del amargor y sabor refrescante de la cerveza, y la levadura responsable de la fermentación tumultuosa, que transforma los azúcares procedentes del cereal en alcohol.

Esta es, sin duda, la parte más personal del libro, donde la documentación histórica y las fuentes literarias se entremezclan con las vivencias propias y los recuerdos de la que fue una industria familiar. Las fuentes orales (informantes, las llamaría un antropólogo), complementan a menudo a las escritas y gráficas. Al obligado traslado a la nueva planta industrial del polígono Guadalhorce, cuyo edificio, proyectado en 1968, contribuyó el mismo autor en su calidad de ingeniero industrial, sin menoscabo de la autoría del ingeniero José Luis Dorronsoro y los también ingenieros industriales Martínez Calbetó e Infante Fernández. Portillo se aventura a conjeturar acerca de las razones de la pérdida de rentabilidad de la nueva fábrica, que cuatro años más tarde de su inauguración en 1972 fue adquirida por Cerveza Santander y, posteriormente, por el grupo empresarial Heineken. El inmueble industrial se conserva actualmente sin uso, y el producto estrella, la cerveza Victoria, elaborada en Murcia, ha regresado al mercado apoyada por la eficacia de su particular marketing publicitario, la conocida imagen del “gordo de la cerveza” y el eslogan “malagueña y exquisita”, que todos los malagueños conocen.

Como decía al inicio de esta sintética valoración, este libro fue morosa y largamente concebido con una considerable dosis de libertad que lo lleva a extenderse por terrenos aledaños pero inequívocamente relacionados, como es el del propio barrio del Perchel, la Málaga de diferentes épocas y los estilos de vida que la acompañaron, lo que determina que en ocasiones el estilo caiga dentro de un “costumbrismo” que se recibe con agrado.

Sin duda, ésta es una obra que no puede desligarse de la apreciada y reconocible impronta de su autor, donde hallaremos informaciones difícilmente localizables en otros ámbitos de estudio, que se lee con agrado y, frecuentemente, con un atisbo de sonrisa dibujado en los labios motivado por el ingenio particular de Pedro Portillo. Nacido fruto de una autoedición tras años de que las instituciones no patrocinasen su publicación, vio la luz felizmente apenas unos meses antes del fallecimiento del autor. Sin duda esta circunstancia lo ha privado de una mayor y eficaz distribución, razón adicional para que unos años después de su aparición continúe siendo necesaria la difusión de esta reseña, que sin duda resultará de interés primordial para estudiosos e investigadores en diferentes aspectos del pasado industrial de la ciudad.